

**Aprendo a hablar  
en público con el método**

**ORATOGA®**

**CERTAMEN DE ORATORIA 2019**

**Bárbara Pastor Artigues**

**GRUPO ANAYA**

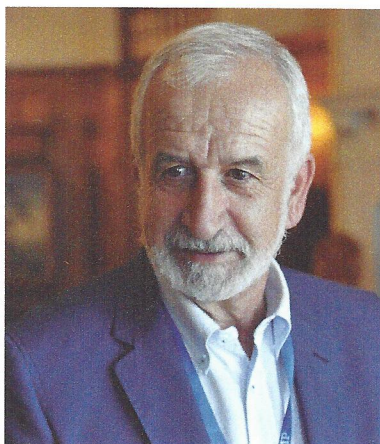
 **Pearson**



 **Instituto de  
Emprendimiento  
Avanzado**

**eguaras.**

 **BRITISH  
COUNCIL**



Agradezco emocionado la posibilidad de asistir a este acto en que se revitalizan los valores de la oratoria clásica, precisamente en jóvenes de la misma edad que aquellos que ejercitaban esta disciplina en la Roma clásica. Como me es imposible referirme a todo lo que aquellos maestros nos enseñaron, elegiré un aspecto de la retórica que hoy resulta no solo anticuado, sino arqueológico: la *memoria*.

En la *perennis philosophia*, la memoria era, junto a la voluntad y el entendimiento, una de las potencias del alma. En la educación, la memoria constituyó, durante siglos, un componente esencial. La asimilación del conocimiento debía pasar necesariamente por el aprendizaje memorístico. Tan importante era que nuestros clásicos lo denominaban ‘aprender de corazón’, *decorar* (*par coeur*, en francés).

En la oratoria clásica, era considerada un componente esencial del proceso retórico. En el orden de preparación, sigue a la *elocutio* y a la *dispositio* y precede a la *actio*. El gran maestro de la retórica, Quintiliano, la denomina «el tesoro de la elocuencia»:

*Porque toda la ciencia tiene su fundamento en la memoria, y en vano nos enseñarían si se nos olvidase todo lo que oímos, y esta misma potencia nos pone delante [...] leyes, respuestas, dichos y hazañas de las que debe estar bien provisto y tener siempre a la mano un orador. Y no sin razón se llama esta el tesoro de la elocuencia.*

M. F. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias*, XI, 2.

El abuso de la memoria condujo a muchos excesos en detrimento de la reflexión, del análisis crítico, de la argumentación. Así ocurrió durante siglos, hasta que la moderna pedagogía advirtió que su papel en el aprendizaje no era tan relevante y que, por otra parte, su aridez causaba repulsión, rechazo y, al final, abandono. La reacción no se hizo esperar en los nuevos planteamientos de la didáctica. Se dictó sentencia: el aprendizaje memorístico de datos (fechas, nombres, capitales, ríos, mares, montañas, batallas, monarcas...) tendría la culpa del fracaso escolar. Desde los estrados se volvió a escuchar la condena que Catón el Viejo vociferaba en un escenario como este, el Senado romano, esta vez contra una nueva Cartago: *Delenda est memoria, delenda est memoria*.

Tal eslogan fue aceptado como si fuera una más entre las leyes de la termodinámica, casi como un dogma tridentino. Como consecuencia, el péndulo se situó en el lado opuesto. ¿Alguien se acuerda de la memoria? ¿Algún profesor incluye en la programación de Literatura que sus alumnos deban aprender de memoria el romance del prisionero, un soneto de Garcilaso o una copla manriqueña?

También aquí es necesario aplicar el método cartesiano, la duda metodológica. ¿Está demostrado que el ejercicio de la memoria es nocivo para la educación? ¿Estamos seguros de que es inútil en nuestras actuaciones retóricas de cada día (disertaciones, explicaciones, argumentaciones, discusiones, conversaciones...) disponer al alcance de un clic en la memoria los datos que necesitamos?

Todo parece indicar lo contrario: el mal, como en tantos otros casos, estuvo en el exceso. Veamos algunos hechos:

- a) La moderna psicología cognitiva considera que la memoria en sus tres fases (sensorial, corto plazo y largo plazo) constituye el componente esencial del conocimiento. De la memoria dependen nuestros automatismos (caminar, hablar, leer, escribir a máquina, tocar el piano, jugar al fútbol...), la capacidad de reconocimiento, la potencia del recuerdo... y hasta la conciencia de uno mismo.

- b) Reflexionar, deducir, argumentar son actividades que necesitan combinar datos. Cuanto mayor y más contrastado sea el saber adquirido, mayor objetividad tendrá su razonamiento. Cuantos más datos tengamos en la mente, relacionados con el tema del que vamos a disertar, más fundamentado será nuestro discurso.
- c) La inteligencia artificial, que ya gobierna muchas áreas de nuestra vida, se apoya no solo en algoritmos, sino también en ingentes cantidades de información, los macrodatos (o big data). Un potente ordenador es capaz de vencer hoy a un campeón mundial de ajedrez, pero solo si tiene almacenadas en la memoria miles y miles de partidas.
- d) Medimos la potencia de nuestros ordenadores, móviles y cualquier otro aparato electrónico... no solo en función del procesador, sino también de su memoria.
- e) Sin memoria, no podríamos imaginar a María Joao Pires o a Claudio Arrau interpretando las sonatas de Mozart, a María Callas cantando *La Traviata* o a un actor representando el monólogo de Segismundo.
- f) Nuestro pensamiento no puede llegar a conclusiones justas sin datos. Si un parlamentario o un político no recuerda que España fue durante muchos decenios un país de emigrantes (a América y a Europa), es posible que su discurso sobre la inmigración quede cojo. En el mismo ámbito, una periodista pudo argumentar con objetividad contra la decisión húngara de rechazar emigrantes. Simplemente recordó que, durante la invasión soviética de 1956, Europa recogió más de 400.000 húngaros que huían de la represión. Pensar es combinar datos y extraer conclusiones. No se puede reflexionar sin memoria.

La memoria es un músculo que es necesario ejercitar. Quintiliano lo decía con nitidez: «...se aumenta con el ejercicio como todas las demás cosas» (*ibid.*). Todo buen orador, todo profesional de la palabra tendrá que ejercitarla. No solo es buena en sí misma, sino que multiplica el rendimiento de las demás facultades.

Recordemos, por último, que no existe enfermedad más triste para el ser humano que el alzheimer. En este desolador proceso, nuestros recuerdos se van cayendo uno a uno como las hojas de un árbol en otoño hasta olvidarnos de nosotros mismos. Sin memoria, la vida no es vida.

Muchas gracias,

SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ  
Miembro de la Real Academia Española